



El sultán y su hija

Érase una vez uno más de los tantos sultanes que a lo largo de toda la historia han tenido problemas con sus hijos, al intentar casarlos usando el ancestral sistema de arreglar el matrimonio de acuerdo a necesidades políticas, pago de favores y hasta en algunos raros casos, pensando en lo que sería mejor para sus hijos queridos.

Pues bien, este Sultán era uno de esos pocos que lo intentaba, con la creencia de que podía escoger lo mejor para la que en este caso era su querida y adorable hija.

No os adelanto nada está claro, al deciros que la hija no solamente no quería casarse con la persona elegida por su padre, a quien ni siquiera

conocía, sino que además estaba enamorada de Haméd el hijo del jardinero, al que veía desde su aposento trabajando diariamente. Esta historia la he debido copiar de cualquier libro de cuentos de hadas ya que parece calcada.

Ruegos, regalos, cariños, presiones y más presiones, no doblegaban la voluntad de la hija.

Un día el padre ya desesperado por no saber que hacer, consultó con su amigo y confidente el Gran Visir.

El Gran Visir a quien rumores del empeño del sultán y el rechazo de la hija le habían llegado, le comentó que ese problema no era nada nuevo, y sí, que era muy frecuente y de difícil solución...

Pero...

Si me permite el consejo, podríamos abordar el problema de otra manera.

Veámos.

Vuestra hija no conoce al príncipe Jaríb ni siquiera de vista, y sólo de vista conoce a Haméd el hijo del jardinero, lo cual resumiendo es poco conocimiento.

Péro lo que la princesa sí conóce y aprécia muy bién, es el lújo, el caríño y la protecció en la que víve.

Además de ser bella, la princesa es sóbre tódo úna mujér muy inteligénte, péro que núnca ha tenído que sufrír las dificultádes de úna vída humílde. Así es que...

El Gran Visír siguió explicándo la idéa que el Sultán con gran admiració escuchába.

* * *

El probléma se olvidó complétamente, ya que duránte los siguiénte días, el palácio estúvo ocupádo preparándo la visíta de estádo que cáda áño la híja del sultán, en su nómbre, realizába a las montáñas más allá del desiérto en los límites de su sultanáto.

Éra úna visíta que la princesa adorába ya que no sólo hacía úna función política que le agradába, sinó que además visitába a sus amistádes y volvía a disfrutár del encánte de ésas montáñas, oasis con grándes cultívos de dátiles y úna temperaturá muy agradable y sin el contról dirécto de su pádre.

El viáje durába únos dos mése, ya que éra réalmente un viáje de placér mezcládo con

diversos actos protocolarios con los diferentes pueblos del recorrido y así mantener el contacto humano del Sultán, representado por su hija con su pueblo.

Este viaje realizado cada dos años durante generaciones y generaciones nunca había tenido ningún problema, no sólo por lo tranquilidad que reinaba en el sultanato, sino también por la amplia protección militar que esta caravana real siempre llevaba.

Pero esta vez, tal vez debido a los rumores de que la caravana llevaba ricos regalos a las tribus de las montañas, la comitiva fue atacada con una ferocidad atroz. Todos los soldados fueron muertos al defenderse, todos los hombres de la comitiva fueron degollados y las mujeres despojadas de sus propiedades y repartidas como parte del botín.

La princesa al estar durmiendo durante el ataque, consideró que por el momento no debía decir nada de su origen, y a pesar de ser muy buscada, por las prisas y miedo de posibles refuerzos reales fue dada como parte del saqueo a dos de los asaltantes sin saber de quién se trataba.

Todos los ladrones se desperdigaron para que no los pudiesen seguir.

Sus raptores, dos ladrones a camello, más el suyo y otro con el botín obtenido, se alejaron del camino principal hacia montañas muy lejanas, ya fuera de los límites de las propiedades de su padre.

* * *

Una noche, después de una jornada muy larga, cuando los dos ladrones quedaron dormidos y habiendo visto la princesa unas luces detrás de una montaña que habían pasado se escapó en esa dirección.

Al entrar en el pueblo trató de explicar su situación, decir quién era, pero la dificultad lingüística, lo extraño de su aparición y el que la creyesen loca, le hizo desistir en el intento.

Al final una familia muy pobre la «adoptó» con gran alegría pensando que así tendrían alguien a quien hacer trabajar.

Claro que ese arreglo no era muy compartido por ella, pero el hambre, las reales necesidades de la familia que la hospedaba, hicieron que la princesa se decidiese a colaborar.

Múchos ojos la observában, los del puéblo y ótros que además de observár, informában.

El Sultán y su Visír disfrutában de ésos infórmes que semanálmente le llegában de los espías, ésos soldádos «muértos», que en el puéblo tenían apostádos, cuya misión además éra la de vigilar y protegér a la princesa pára que náda le ocurriése.

Cáda infórme, en el que la princesa tenía que realizár trabájos muy lejános a su categoría, levantárse tempráno, lavar rópa, comér la miséria que podía, les llenában de gózo, sóbre tódo al ver que un plan tan bién simuládo, tan geniálmente resuélto y bién actuádo, estába triunfádo...

Péro...

La princesa éra múcha princesa..., póco a póco no sólo llegó a lograr entendér y comunicárse aceptáblemente con la génte del puéblo, síno que comenzó a ser apreciáda y querída por su inteligéncia, simpatía, bondád y buénos módos y en su cása por lo bién que ayudába, ya que désde que élla llegára y grácias a sus esfuérzos, se comía un póco mejór, y con el tiémpo sus pádres «adoptívos» hásta

enriquecieron. Y se inició una etapa de amor compartido y de cariño ganado.

Los siguientes informes fueron la causa de una interminable sensación de fracaso del Visir y su padre. El mal humor aumentaba y a punto estuvieron de cancelar toda la operación. Pero prefirieron que continuase allí ya que por lo menos le estaba sirviendo de experiencia para cuando tuviese que reinar y que esa etapa le serviría mucho en su futuro.

Meses después el Gran Visir se presentó ante el sultán para informarle que había muy malas noticias y que sería mejor decirle todo a su hija y que volviere a palacio.

La noticia era que se había enamorado de un visitante que había llegado hacía pocas semanas al pueblo.

El Visir miró con gran preocupación al Sultán que ahora se reía con gran satisfacción...

Y era que el Sultán, también era mucho Sultán.

Durante la ausencia de su hija, se había puesto en comunicación, con el padre del futuro

espóso y le comentó la gran idea que habían tenido.

Le propuso a su amigo, que enviará a su hijo, el cual todavía no sabía nada de los planes de sus padres para casarlos, al pueblo en donde estaba su hija, con la misión secreta de vigilar a una misteriosa mujer que había aparecido en ese pueblo y de la cual se tenían sospechas de que fuese una espía peligrosa, en un punto clave entre fronteras...

El príncipe tomó muy seriamente su trabajo, y se lo había planteado como un reto para demostrar su valía a su padre.

Decidió que el mejor sistema para vigilarla, era vigilarla muy de cerca... haciéndose su amigo.

Y se enamoraron.

Él, pensando que había traicionado a su gente al enamorarse de una espía y la princesa al otra vez enamorarse de un plebeyo, cosa inaceptable para su padre, se fueron a un sitio muy lejano y sus padres jamás supieron de ellos.



* * *